



Castillo Gómez, Antonio (ed.), *Culturas del escrito en el mundo occidental del Renacimiento a la Contemporaneidad*, Madrid, Casa de Velázquez, 2015, 342 págs., ISBN: 978-84-15636-93-9.

Como ha recordado Armando Petrucci en múltiples ocasiones<sup>1</sup>, según Jean Mallon, “el *modus operandi* del paleógrafo debería ser el vagabundeo libre a través de los testimonios escritos”. Esta definición nos viene nítida a la memoria al recorrer las páginas de este volumen, que tiene como objetivo el mostrar la infinidad de miradas que la Historia de la cultura escrita lanza sobre los testimonios escritos.

La reflexión de Antonio Castillo Gómez, que sirve de Introducción al volumen, traza las dificultades de reconocimiento que, dentro del panorama historiográfico internacional, ha tenido hasta años bien recientes la Historia de la cultura escrita como espacio historiográfico específico. Mientras otras disciplinas, como la Historia del libro, la Historia de la lectura o la Paleografía han obtenido hace tiempo dignidad académica, la Historia de la cultura escrita se ha visto penalizada por el hecho de ser “un campo de investigación que no puede ser monopolizado por ninguna disciplina” (p. 4).

El volumen, que tiene su origen en el Coloquio Internacional *¿Qué historia para qué escritura hoy? / Quelle histoire pour quelle écriture aujourd'hui?*, que tuvo lugar en Sigüenza, en 2010, pero que incluye asimismo ensayos elaborados expresamente, está dividido en cuatro secciones. Comprende un arco cronológico que va, como se indica en el título, *del Renacimiento a la Contemporaneidad*.

La primera sección, titulada *Muros escritos, muros leídos*, conduce al lector a través de las escrituras expuestas. Las metodologías empleadas son las de la epigrafía, pero la contextualización sociológica del fenómeno sitúa los estudios en el centro de la Historia de la cultura escrita. Francisco M. Gimeno Blay reconoce en las escrituras expuestas de la Europa de finales del siglo XV un “multigrafismo relativo disorganico” (p. 19), tomando prestado el término de Petrucci, y analiza el peso de la tradición humanista italiana en la recuperación de las antiguas mayúsculas. Anne Bérouton presenta un estudio de caso –la ciudad de Lyon en el siglo XVII–, empleando otras fuentes. Pasa del análisis de los testimonios epigráficos existentes al análisis de la documentación archivística, vinculada tanto a las autoridades urbanas que encomendaban las inscripciones para enaltecerse a sí mismas, como a las magistraturas encargadas del control de las escrituras expuestas, para finalmente examinar testimonios literarios como las guías para viajeros o las historias de la ciudad, donde se hace referencia a inscripciones hoy desaparecidas. Pedro Araya analiza la relación entre el espacio urbano y la acción gráfica de sus ciudadanos en el Chile de los últimos cincuenta años. En concreto, la aparición de la escritura de protesta “No+”,

<sup>1</sup> PETRUCCI, A., “Un paseo por los bosques de la escritura: una entrevista de Antonio Castillo Gómez”, *Litterae. Cuadernos sobre cultura escrita*, 2 (2002), p. 9-37.

la aportación de los grupos artísticos de oposición en su elaboración y su sucesiva difusión. Testimonios fotográficos han dejado estas escrituras de protesta, destinadas de otro modo a desaparecer rápidamente.

La segunda sección, *Desde la ausencia*, está dedicada a la escritura epistolar. Carmen Serrano Sánchez analiza la metáfora de las cartas como “espejos del alma”, un estereotipo usado al final de la Antigüedad, pero muy en boga también durante la Edad Moderna. Antonio Castillo Gómez, por otro lado, se interesa por los manuales impresos que en el siglo XVIII español tenían como objetivo enseñar el modo correcto de escribir cartas, saliendo del ámbito restringido de la corte y buscando llegar a los “nuevos lectores”: mujeres y niños. El análisis, también material, de los ejemplares de cartas permite comprender en qué medida las indicaciones de los manuales se reflejaron en la práctica. Verónica Sierra Blas se ocupa de las escrituras epistolares de la gente común en la época contemporánea, prestando atención, con arreglo al magisterio de Roger Chartier, a los discursos, las prácticas y las representaciones. Los manuales se modificaron, dando respuesta a las necesidades de lectores siempre menos alfabetizados. La escritura epistolar se difundió enormemente, en parte porque pasó a formar parte de los *curricula* escolares, en parte por la necesidad de los tiempos (guerras, migraciones). Por último, los redactores de las cartas continuaron usándolas para dar a los destinatarios representaciones de sí mismos. Favio Caffarena dedica asimismo su trabajo a la época contemporánea, concentrándose primero en las escrituras de la emigración, en las que las imágenes fotográficas enviadas a los parientes enriquecían textos penalizados por las carencias del lenguaje. A continuación, analiza las escrituras de trinchera, que trataban de “comunicar lo incomunicable” (p. 132) y, finalmente, las cartas enviadas desde los campos de concentración, que se transformaban en una “autobiografía en miniatura” (p. 134). Rita Marquilha, por su parte, analiza en términos cuantitativos la materialidad, los *layout* y los aspectos no verbales de un *corpus* de cartas de los siglos XVI a XX, identificando en la presentación gráfica el medio a través del cual “la tradition millénaire de la lettre a trouvé un moyen de compenser le manque de visualisation du corps performatif de son auteur” (p. 146).

En la tercera sección, *Los libros de memorias*, se entra en el campo de la escritura privada. M.<sup>a</sup> Luz Mandingorra Llavata reflexiona en torno a los libros de recuerdo, que comenzaron teniendo la función de registrar datos administrativos sobre la gestión familiar, pasando después a hacer memoria de los hechos, no obstante seleccionados y reelaborados por el autor. Antoine Odier repasa el modo en el que las historiografías nacionales han afrontado el estudio de los ego-documentos y cuáles son las perspectivas futuras de investigación más interesantes, relacionadas con las nociones de “práctica”, de “escritura” y de “sí”. Carmen Rubalcaba Pérez se centra en el propio estudio de las informaciones privadas, personales y familiares que se encuentran intercaladas en los libros de cuentas de los siglos XVIII y XIX. El problema principal es el de dar con las fuentes, ya que se trata de notas dejadas de forma aleatoria y, a menudo, no aparecen indicadas en los repertorios. También de los libros de cuentas se ocupa Sylvie Mouysset en su ensayo sobre los *livres de raison français*, estudiados inicialmente desde un punto de vista material, como objetos, para después buscar esas trazas que transforman los libros de cuentas en un “papier de soi” (p. 193).

La sección que más debe a la Historia del libro y de las bibliotecas es la última, *Entre letrados y analfabetos*, que se abre con el ensayo de Carla Bianchi, dedicado

al *Quaderno di appunti* que perteneció al noble genovés y, después, jesuita Anton Giulio Brignole Sale. El interesante *zibaldone* no es apenas una recopilación de citas, sino también inventario de su biblioteca, lugar de producción de nuevas obras y fuente de datos sobre la vida de la Accademia degli Addormentati. Los ensayos de Felipe Vidales del Castillo y de Alberta Pettoello están dedicados a dos importantes bibliotecas nobiliarias: la de Gaspar de Haro y Guzmán, marqués del Carpio, en el Madrid del siglo XVII, y la de los condes Sanvitale, en la Parma del siglo XVII. Documentos de archivo, como los inventarios redactados por ocasión de una herencia (p. 217), *Libri di mantenimento della casa* y *Libri Mastri* (p. 231) o, incluso, *Mandati di pagamento* (p. 233) permiten reconstruir estas bibliotecas y los canales a través de los cuales fueron creciendo. Con Juan Gomis Coloma se entra en el campo de la Historia de la imprenta, con la vida y las obras de Agustín Laborda, tipógrafo especializado en la literatura de cordel en la Valencia del siglo XVIII.

El último ensayo, de Jean-François Botrel, aborda el carácter cada vez más invasivo con el que los textos escritos y las imágenes se insertaron en la vida cotidiana de los españoles del siglo XIX. No sólo las autoridades recurrieron cada vez más al escrito para publicitar su voluntad, sino que las empresas usaron con cada vez mayor profusión los espacios públicos para darse a conocer, obligando a las ciudades a promulgar una normativa adecuada.

La pluralidad de temas, fuentes y metodologías de investigación que presenta el volumen pone de manifiesto la vivacidad de los estudios que se encuadran en el campo de la Historia de la cultura escrita.

Elisa Rebellato  
Bibliotecaria  
elirebel@hotmail.com

(Traducción: Federico Palomo)